

Capítulo 1

LÍNEA DE TIEMPO ACTUAL

Se está acercando.

Me detengo sorprendida ante semejante idea. No entiendo de dónde la he sacado, no he escuchado ningún ruido, tampoco he visto moverse nada, a primera vista no encuentro motivo de preocupación a mi alrededor.

Sin embargo la reacción visceral de mi cuerpo continúa advirtiéndome de que algo se aproxima, tengo todo el vello de mi cuerpo erizado, me duele la piel de lo picuda que está.

Y sigue erizándose.

No sé desde cuándo mi mano tiembla pero hace que la luz de la linterna bailotee ante mis ojos. La observo confundida por el repentino apremio que siento de apagarla. Como si estuviera demasiado expuesta aquí parada con luz.

Esta vez el repelús es tan intenso que hasta los pelos de la cabeza se me han encrespado. Ya no pienso discutir más con mi cuerpo, aceptaré sus avisos.

Si algo va a salir de la cueva tropezará conmigo y en caso de que yo retroceda me expondré a que me atrape antes de poder alcanzar la salida.

Mi situación es crítica porque aquí no hay nada dónde poder huír, estoy dentro de un agujero negro sin ningún escondite salvo un esmirriado montículo de tierra reseca pegado a la pared.

Tengo el corazón latiendo a mil por hora creo que se me ha subido a la garganta, late por todo mi cuerpo, no me deja ni pensar.

Apago la luz. El alivio que me recorre al instante me dice que ha sido una buena decisión.

La oscuridad me obliga a afinar mis otros sentidos, pero no escucho nada, no huelo nada, sólo mi piel me golpea con sus escalofríos. Aquí en medio de la negrura comienzo a sospechar que me estoy volviendo chiflada o paranoica.

Distingo un poco de lo que me rodea en el momento en que mis ojos se habitúan a la oscuridad gracias a la escasa claridad que produce la lejana entrada de la cueva.

Levanto sobresaltada la cabeza porque he notado algo diferente, espero que sólo haya sido mi imaginación.

No. Es un sonido muy apagado, como esos de las pruebas de audición que si te despistas ni los oyes. Hay que estar muy atento, como yo ahora.

Otra vez. Se ha repetido.

No voy a negarlo más, algo se acerca. Mi cuerpo más que preparado pasa a la acción, me lanza al suelo al lado del montículo y se encoje en el pobre refugio. Por desgracia mi instinto no me engañaba.

Me he clavado varias piedritas en las manos y el pequeño dolor me ayuda a centrarme y apartar la irrealidad de lo que me está sucediendo.

A pesar del frío del entorno, gotas gordas de sudor resbalan por mi frente y se me meten en los ojos, lo máximo que voy a permitirme es parpadear con fuerza porque no me atrevo a moverme más.

Soy incapaz de sentir nada que no sea ese ruido extraño ahora que lo he localizado, proviene de las entrañas de la cueva, y se repite cada vez con más frecuencia. Apenas noto el frío del suelo en mis dedos.

Está muy oscuro, la luz de la entrada hace tiempo que se ha ido diluyendo en un pequeño hilo marchito que apenas me permite distinguir las formas que tengo delante de las narices.

Empiezo a afrontar que puede ser un oso, y en ese caso me matará, los animales ven en la oscuridad, ni siquiera sabré de dónde me vendrá el zarpazo. O un lobo.

Porqué me pasa esto a mí, no quiero morir comida por un oso, un lobo, o por cualquier criatura salvaje que viva en una cueva.

Lo peor de todo es que no entiendo que hago aquí, porqué me he metido en este lío. Yo no soy de meterme en líos, soy precavida, nunca debería haber entrado en la cueva, no comprendo porque lo he hecho. Ni porque me he adentrado tanto, sino lo hubiera hecho podría correr hacia la salida.

El ruido me advierte de que lo que sea ya está aquí. Voy a entrecerrar los ojos para distinguir al animal pero una luz me los hace abrir de golpe.

No es una luz artificial, eso no lo ha hecho el Hombre. Nunca había visto algo parecido.

Pero si sigue avanzando hacia mí me verá, esa cosa me iluminará, y ahora mismo lo único que puedo hacer es permanecer lo más quieta y callada posible, Si acaso bloquearme....

Hay dos más.

Cuántos más saldrán del interior de Kumara.

No puedo correr. No puedo. No puedo.

Las ganas de levantarme y escapar han llenado de adrenalina mis piernas, me cosquillean con tanta intensidad que permanecen tías como varas. Me está costando un mundo impedirles pegar el salto que me piden a gritos.

La sensación de pánico me toma desprevenida, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que sentí algo parecido, desde que decidí que el miedo no existe.

Pero si eso es verdad, no entiendo porque siento sus puñetazos en el estómago igual que si estuviera siendo vapuleada por un boxeador.

Apenas puedo creer lo que veo. Dentro de la luz hay cuerpos de personas, bueno más bien son figuras humanoides iriscentes sin rasgos precisos.

¿Acaso esas cosas se están transformando en seres humanos?

Como un rayo surgen en mi mente excusas, razonamientos congruentes de lo que estoy viendo, lucho contra la realidad que está frente a mí. Y caigo a plomo en una de las figuras iriscentes que avanza junto a otras idénticas como si se deslizara sobre el piso frío de tierra sin rozarlo.

Estoy soñando.

Pero nunca tuve un sueño así.

Pues hoy lo tengo.

Sin embargo me niego a negar lo que veo, me niego a negar mis principios. Yo creo en muchas cosas que otros no creen. Hago cosas que otros no hacen porque no quieren creer. Por eso mismo comienzo a reconocer que esos seres que caminan, se deslizan o lo que quiera que hagan para moverse, son reales, tanto como yo, como los desencarnados, como todo aquello en lo que recientemente he comenzado a entender.

Que no lo entienda en este momento no quiere decir que no exista.

Existe Constanza y punto.

El que me esconda como una rata asustadiza no va contra mis principios, porque por encima de todo soy prudente. Y sé que tengo enemigos, los humanos tenemos enemigos que desean esclavizarnos o alimentarse de nosotros. Quién sabe si estos seres de luz son amigos o enemigos.

Deambulan por las profundidades de Kumara y por lo que a mí respecta, nadie se esconde si no tiene nada que ocultar.

Por eso me oculto yo también.

Ya están aquí.

Contengo la respiración en un intento de pasar desapercibida, no tengo ni idea de cuáles serán los sentidos con los que cuentan estos seres. Tal vez no sirva de nada pero cierro los ojos también. La conexión visual en ocasiones es fuerte y te hace más visible que un estornudo.

Sin la visión, mi oído se fuerza a escuchar los movimientos que hacen esas formas, no es un sonido de pisadas, más bien como el viento cuando remueve las hojas de muchos árboles.

Eso me produce un escalofrío arrepiante, me siento sin poder, totalmente indefensa. En mi desesperación le pido a Dios que me ayude, que los deje marchar. Con mucho esfuerzo visualizo su partida tranquila y me visualizo a mí sola de nuevo en la cueva.

El sonido disminuye, cuando pasaron a mi lado creo que escuché algo semejante a murmullos, supongo que es su forma de hablar, etéreo lo mismo que su apariencia y movimientos. Incongruente.

Abro los ojos antes de que se extingan los ruidos de esos seres y observo la ínfima luz de la entrada de la cueva fundirse en la luz de ellos.

Parpadeo apartando las gotas de sudor que me pican en los ojos y mi vista emborronada solo ve la luz de la cueva.

Todavía no voy a levantarme, prefiero comprobar que ningún rezagado se une al grupo de tres que acaba de salir por la cueva. Aguardo unos minutos con la mirada dividida entre la entrada de la cueva y el fondo de ésta.

No debería sentirme así, asustada, pero lo estoy. Tampoco debería sentirme incrédula, porque siempre acepté la existencia de seres que habitan el interior de Kumara. ¡Pero por todos los demonios en los que no creo que me siento así!

Me pongo en pie muy despacio soportando el dolor de mis piernas y mi espalda que protestan por tantos minutos en una posición forzada. Me enderezo y mi vista cae sobre la tierra pisada por los seres de luz.

Sí hay huellas, de pisadas humanas, de pisadas humanas pesadas. Hombres.

Esas huellas podrían haberlas hecho hombres corpulentos por lo que me dice el polvillo de la tierra reseca moldeado por ellas.

Las energías de mi cuerpo crepitan con fuerza y me dejo vapulear por ellas. Me reconfortan porque me hablan de mi poder y me dan seguridad.

Sé que no debo continuar en este sitio, lo que no entiendo es qué fue lo que me condujo hasta aquí. Este sábado no tenía pensado regresar a Mondoñedo, lugar en el que he estado hace un mes con el grupo de sendero del ayuntamiento de Vigo metida en la famosa cueva del Rei Centolo. Simplemente quería escaparme de la rutina de mi trabajo como librera porque no es bueno estar metida siempre entre libros, por lo menos para mis músculos. Sin embargo dirigirme hacia aquí me parece excesivo ahora que lo pienso, salir de una librería para meterme en una cueva, ¿alguien en este mundo lo ve normal?

Yo no desde luego.

Camino rumbo a la salida mirando hacia atrás y hacia adelante en la misma medida y antes de darme cuenta estoy fuera.

La luz de la tarde está decayendo en el cielo, escudriño los alrededores pero no veo nada que pueda representar un peligro para mí.

Tengo que apresurarme antes de que más de esos seres salgan de la cueva para hacer lo que Dios quiera que hagan. No pienso quedarme aquí para averiguarlo.

Supongo que los seres tendrán sus medios de transporte, no como yo que tengo que bajar de nuevo la montaña a pie hasta llegar a mi coche.

Y debo hacerlo antes del anochecer porque por lo que recuerdo no habrá luna llena que me ofrezca algo de luz en mi camino.

Bueno si necesito luz no tengo más que pegar un grito y llamar a esos seres. Lo que les haría el Gobierno de reconocer su existencia, seguro que les cobraría algún impuesto energético.

Como me lo cobraría a mí de saber de lo que soy capaz de hacer.

Déjate de chorradas Consta y muévete. Por nada del mundo vas a pegar un grito y deja tu humor negro de una vez. No tiene gracia.

Mientras me alejo de la boca estrecha por la que me introduje en la cueva un repelús se apodera de mi espalda. Es tan fuerte que me quedo quieta tratando de soportarlo.

Sé que está detrás de mí, lo notó denso espoleando calor sobre mi piel del mismo modo que lo haría una manta eléctrica.

La energía de mi cuerpo me envuelve y lo repele, igual que lo hace con los desencarnados o con las entidades negativas que pretenden chupar mi energía.

Nunca se lo he permitido ni siquiera en mis años oscuros como yo los llamo. Mi energía es mía por derecho propio por ser una entidad positiva, porque puedo.

Me siento bien, sé que nadie me está quitando nada y eso me alivia tanto que me giro para enfrentarme a lo que está detrás de mí. Sea lo que sea ya no puedo huir, ahora toca defenderme como bien pueda.

Le miró directamente a sus ojos verdes, del verde de un bosque en su magnificencia primaveral. Su expresión es de curiosidad, la curiosidad de alguien que contempla los esfuerzos de un animalillo por librarse de su presencia.

Pero no me importa, me da lo mismo que se crea un dios o un demonio, ya no le temo a nada. Sé cuál es mi lugar.

En ese momento exacto él acepta mi estatus. Lo percibo en su postura, no lo había notado antes porque sólo me había centrado en sus ojos. Ese hombre exuda ahora satisfacción cuando segundos antes permanecía en estado de alerta.

Y alerta de qué.

¿De mí?

Me parto. Me lleva una cabeza bien llevada y su cuerpo tiene los músculos del triple de ancho que los míos. Amén de que yo no sé luchar, salvo como lo haría un gato encabritado. Vamos lo normal en una mujer de un metro setenta con costumbres sedentarias a más no poder y un increíble afán de chocolate a todas horas.

A buenas horas mi mente piensa en el chocolate, con las prisas dejé las chokolatinas en el coche.

Estaría bien sacarlas del bolsillo y comerlas delante de este impertinente con toda la parsimonia del mundo para darle en las narices.

Y conste que no entiendo porqué quiero darle en las narices. Tal vez porque me parece un engreído con su cuerpazo vestido con una incongruente camisa a cuadros y un pantalón vaquero.

Pero a mí no me engaña, es uno de ellos, lo sé porque siento su energía y no es como la mía, de hecho jamás noté ninguna energía que no fuera como la mía.

La suya pretende acercarse pero se aleja en cuanto mis púas energéticas lo repelen, es un juego para él y una advertencia de mi parte hacia sus intentos por rozarme.

—Puedes dejar de intentarlo.—Escucho mi propia voz serena como nunca. Y ni siquiera entiendo lo que está sucediendo. Los sólidos me meterían en un manicomio después de atiborrarme de lorazepam. Nadie en su sano juicio se pondría a hablar con un ser no humano tan tranquilamente. El caso es que no siento ya miedo, mi instinto se encuentra totalmente sosegado.

—Necesito identificarte.—Su voz me suena como el susurro de un felino pronto a saltar sobre su presa.

—¿Algo así como un perro olfateando un hueso?

—Creo que me encantará saber que no eres tú.—Pero su tono parecía llevar la contraria a sus creencias. Me preocupo durante un instante, luego resuelvo que yo no puedo ser nada que ese ser busque, menos su hueso.

—No sé quién eres, y tampoco me interesa salvo que pretendas detenerme. El sol no estará mucho sobre el cielo y tengo que llegar a mi coche. Yo no me meto contigo y tú no te metes conmigo. Ese es el trato ¿de acuerdo?

—Después de identificarte.

—¿Por qué sí no?

—No hay opción, voy a hacerlo.

—Estás muy loco si te crees que voy a permitirte que te acerques a mí.

—Muéstrame tu mano derecha y todo terminará aquí y ahora.

—De acuerdo.—Extiendo mi mano con la palma hacia arriba porque supongo que el dorso no es muy interesante y siempre estuvo a la vista de ese hombre.

Él no tardó un instante en descubrir lo que buscaba y mucho menos en levantar la vista consternado. Yo miro mi palma con curiosidad y sólo veo lo de siempre. De repente frunzo el ceño y observo el ojo en el centro de mi palma, desde que lo había visto por primera vez me pareció divertido y original tener un ojo en el centro de mi mano. Me hacía sentir diferente y especial, algo que luego sentí de todas formas, era un camino andado de antemano. Sin embargo aquello que me parecía divertido antaño esta comenzando a preocuparme porque me temo que eso es lo que no quería encontrar esa cosa en mí.

Levanto la mirada y la clavo en sus ojos que asintieron levemente.

—Estás de broma.

—Me temo que no.

—Pues me da lo mismo.—Me doy la vuelta y comienzo a desandar el trayecto a mi vehículo.

—Es conveniente que me escuches.—Lo tenía al lado, manteniendo la marcha.

—¿Qué eres?

—Nos llamáis vulgarmente ángeles.

—¿Azazel o los de los cristianos que lo derrotaron?

—¿Es lo único que se te ocurre preguntar? ¿Y qué sabes tú de eso?

—No entiendo cómo puedes desconocer de esta manera a tu presa. Creí que sabíais más de mí. Estoy en verdad consternada por este desprecio.

—El sarcasmo no te va a llevar a ningún sitio.

—He convivido con él demasiado tiempo y me divierte. Por el contrario a ti te acabo de conocer y me estás provocando dentera.

—Puedes correr lo que quieras pero siempre te alcanzaré.

—¿Me ves corriendo?. El día en que me espanten ángeles, desencarnados, reptilianos y demás cohorte será en otra vida no en ésta y menos de este tiempo en adelante. Quizá deberías buscarme en la segunda densidad, o en otra vida pasada allí por el siglo de los neandertales.

—Es ahora cuando estás madura, cuando conoces tu poder. Y por cierto porqué no nombras a los demonios. Azazel se le conoce como Lucifer.

—En fin si deseas jugar has dado con la persona definitivamente equivocada. Estoy cansada, no sé qué pinto aquí y en cuanto me aleje de este monte te puedo asegurar que no volveré a pisar tu cueva. Puedes decírselo a esos amigos tuyos tan graciosos que pretenden meterse en mi aura. No sabía que un ángel necesitara ayuda con una humana. ¿Tres, en serio?

—Ellos no te harán nada y yo tampoco. ¿De verdad no reconoces a Lucifer?

—¡Que pelmazo!—Me detengo y lo miró, él hace lo mismo.—Lucifer no es un demonio para mí porque no creo en los demonios y lo que no creo no existe en mi realidad.

—Lo dices tan convencida...

—Tengo veintiocho años. Toda una vida experimentando para llegar a la conclusión de que no creo en nada más que en mí misma. Los cristianos, musulmanes, y demás religiones podrán pensar lo que quieran de lo oculto, lo respeto, me parece estupendo que lo crean, es importante creer en algo. Pero mis creencias me pertenecen y nadie podrá imponerme ya las suyas. Vivo aquí, con los sólidos y con los etéricos y con todo lo demás, no molesto a nadie y no permitiré que nadie me moleste a mí. Punto. Y ahora me gustaría disfrutar de mi soledad como siempre. ¡Ah, gracias por alejar a tus compañeros!. Si tú tienes a bien desaparecer del mismo modo será el colofón.—Continúo mi camino apresuradamente.

—¿Sólidos y etéricos?

—¿Estás aquí para escuchar a una demente?

—¿Eso te consideras?

—En absoluto. Dime de una santa vez lo que quieres de mí, por favor.—Pero no me detengo. No lo haré hasta llegar al coche.

—Estoy muy sorprendido por haber encontrado a una humana como tú, no lo creía posible, cuando me enviaron a esta misión pensé que eras una quimera. Pero estás aquí y hablas como me dijeron que lo harías. Azazel lo dijo y no se lo creí, pero el ojo está en tu mano, aunque no pude conectarme a tu energía sé que tenía razón en todo. Expeles tu fé de una forma tan intensa que podría abofetearme si lo deseara.

—Ahora es cuando comprendo a los sólidos. Parecemos dos locos.

—¿Sabes algo de los portales de ángeles?

—Espero que te refieras a esos cristales de litio.

—Ni siquiera me sorprende que los conozcas.

—Casualidades de la vida. Qué pasa con ellos.

—Entre otras muchas funciones abren portales en el tiempo.

—Eso dicen.

—¿Y qué dices tú?

—Me parece estupendo, para el que sepa cómo manejarlo.—Lo miró de repente con suspicacia.—Súeltalo ya.

—Yo sé manejarlo. Y tú tendrás que acompañarme en uno de esos desplazamientos.

—Mira..., ¡por Dios, ni siquiera sé tu nombre!. Mira ángel no creo que tengas ninguna oportunidad de convencerme para que me desplace en el tiempo y te aconsejo que no me vengas ahora con un sermón de esos estúpidos de que sin mí se va a acabar el mundo porque soy capaz de darte una bofetada y no será con mi fé.

—Primero no peleo con humanos, sería jugar con ventaja. Segundo vendrás. Tercero de momento el mundo no se va a acabar. Cuarto tú eres un instrumento que Azazel necesita en otra parte, en el futuro de esta línea de tiempo, para ser más exactos. Allí la situación es peliaguda y necesitamos que las tornas cambien a nuestro favor para equilibrar la balanza de la equidad.

Azazel recuperará su estatus cósmico cuando los humanos evolucionen espiritualmente, como lo has hecho tú. Él os ayuda y vosotros lo ayudáis.

—De verdad basta. Es cierto que he cambiado mucho estos años, que tengo amistades que hablan el mismo idioma que yo, que son etéricos, pero la realidad es que me he esforzado mucho en ser feliz y no pienso convertirme en un juguete de dioses menores, de ángeles ni te hablo. Eso de los ángeles no ha ido nunca conmigo, puedo agradecerle a Azazel lo que hizo por nosotros pero de ahí a que me entrometa en el enrejado de los vaivenes de entidades superiores va un mundo. No pienso acercarme ni a mil años luz. Y ni tú ni él podréis obligarme, recuerda porqué lo derrotaron, el libre albedrío.

Y mi libre albedrío dice que no.

—Terminarás encarnándote en ese futuro y no serás feliz allí. Puedo asegurártelo.

—No me convencerás con las mismas campañas de miedo de los sólidos. Corta el rollo.—Aliviada veo mi coche rojo aparcado en la solitaria carreterucha comarcal. Saco de mi mochila las llaves y camino decidida hacia el vehículo. Mi cabeza está a punto de estallar.

—Estás esposándote a mí con esa actitud.—Abro la puerta del coche y me meto dentro. Él hace lo mismo por el lado derecho.

—Por favor sal del coche.—Nunca en mi vida he pedido algo por favor con tanta intensidad. Estoy exhausta, ha sido un día inmensamente largo, y estúpido, incongruente, alocado, ..., me quedo sin palabras para definirlo. Sólo quiero cerrar los ojos y dormir.

—Sal tú, conduzco yo. Sé dónde te hospedas.—Clavo mis ojos en los suyos derrotada, si fueran las ocho de la mañana se iba a enterar. Pero en estos momentos creo que no podré oponerme a su voluntad.

Supongo que no irá a matarme porque me necesita, de modo que le doy las llaves y me bajo del coche alquilado. Me cruzo con él a la altura del maletero sin mirarlo y camino cabizbaja hacia mi lugar. Me meto en el coche y después de ponerme el cinturón cierro los ojos.

Creo que me he quedado dormida. A pesar de que no debería hacerlo.

—Hemos llegado.—La voz llenó de repente las imágenes de un bosque atestado de animales que me miran expectantes. Los golpes que siento en mi hombro terminan de alejar de mí el sueño. Abro los ojos y me encuentro con el ángel que sin ceremonias sale del coche y se dirige a mi puerta para abrirla.

El aire del norte me provoca un escalofrío y cruzo los brazos sobre mi pecho cubierto por una camiseta gris de tiras y una sudadera. Siento los pies fríos por lo mojados que los había dejado al sudar y deseo con todas mis fuerzas tirarme en la pequeña cama del hostel que he alquilado para pasar la noche.

Al día siguiente regresaré a Vigo, y a mi librería. Olvidaré este día nefasto en que se me ocurrió excursionar por una cueva cercana a la del Rei centolo y en adelante, prometo no volver a meterme en ninguna otra.

El ángel abre la puerta del hostel y sube por las escaleras como si en realidad hubiese sido su propia habitación.

Yo lo sigo con resignación. No creo que deba preocuparme por él, si hubiera querido hacerme daño tuvo oportunidades de sobra.

La cama me reclama con una lujuria tan descarada que no soy capaz de ver nada más, no me importa el sudor frío sobre mi cuerpo, ni la suciedad, no me importa si se caen las estrellas de cielo. Cuando el sueño me reclama soy incapaz de rechazarlo.

Nunca puedo hacerlo.

Capítulo 2

FUTURO

No sé muy bien qué ocurre pero el estruendo me pone en alerta y abro los ojos sobresaltada.

Un golpe me tira al suelo, apenas tengo tiempo de poner las manos para no darme con la cara contra el asfalto. Algo cubre mi cabeza y el suelo comienza a retumbar, siento los golpes en el pecho y en el vientre, en las piernas, en realidad tiemblo con los golpes furiosos. Y no entiendo nada.

Estaba en el hostel, durmiendo.

Qué pasa.

Las imágenes de combatientes se formulan en mi cerebro pero las rechazo por absurdas, mi cuerpo sigue siendo vapuleado por los temblores del suelo, lo poco que puedo ver es un trozo de asfalto resquebrajado y un neumático.

Lo peor es el espantoso ruido de tiros y gruñidos, de metales y bombas, ¿bombas?

Tiran de mi sudadera con tanta fuerza que me levantan en vilo y sin poder tocar el suelo con los pies me veo volando sobre una carretera atestada de coches parados con las puertas abiertas. De ahí acabo en un matorral donde expulso la bocanada de aire que tengo retenida en los pulmones por el sobresalto.

Veo al ángel a mi lado, observando lo que sucede a unos pocos metros de nosotros, desvío la vista hacia la expuesta carretera y no salgo de mi asombro al contemplar naves sobrevolando el cielo al ras del suelo repartiendo rayos explosivos por doquier. Los coches saltan a su paso y se despedazan con el impacto. Mucha gente grita despavorida corriendo hacia la vegetación como nosotros, las naves no parecen prestarles mayor atención, se dedican a machacar la carretera.

—No han tardado mucho.—Se lamentó mi compañero. Yo desvío mi vista hacia él y observo su rostro preocupado.

—¿Qué has hecho ángel?—No puedo evitar el enfado. Casi la ira. Detesto incluso que me conteste. Sus ojos verdes abandonan el destrozo de las naves y se clavan en mí.—Tu puta voluntad.—Si pudiera lo apalearía. Ahora la furia está instalada en mi cuerpo.

El ángel levanta una ceja a la espera de mi decisión. Pero mi ira está desintegrándose como hace de un tiempo a esta parte. Me siento extraña cuando me invade, no me gusta en mi cuerpo.

La rechazo de un manotazo y bajo la mirada por unos segundos para recuperarme de la transgresión de ese sentimiento negativo en mi persona.

Vuelvo a mirarlo en busca de una explicación. De la explicación en realidad. Eso me lo debe, eso y mucho más.

—Realmente sorprendente. Has sido muy rápida en echarla.—Lo observo con la misma expresión que tomaría si le hubieran salido alas de repente.—Por eso estás aquí, porque comprendes. Lo negativo alimenta a lo negativo. Esos de las naves son reptilianos que ya no se esconden de los Humanos porque están muy ocupados en defenderse de los Vigilantes. Pretenden cortar las comunicaciones humanas para acorralar a la gente en guetos y así proveerse de sus sentimientos negativos y alimentar a sus superiores. Éstos necesitan estar fuertes para luchar contra nosotros.

Las explosiones se atenúan cuando las naves extraterrestres avanzan hacia el norte donde diviso una ciudad. La gente no deja de correr en dirección contraria lamentándose y gritando a sus seres queridos para que los sigan en su penosa huida.

—Por qué me has traído aquí.

—Por tu fé en ti misma. Por no permitir que nada invada tu persona. Por tu vibración, estamos trayendo a muchos humanos del pasado con vibración alta para atenuar el efecto de esta colisión entre reptiloides y Vigilantes.

—Quienes sois los Vigilantes.

—Varias razas cósmicas. A los que nos tenéis por ángeles somos una raza de una alta vibración, hemos logrado encarnarnos sin destrozar los cuerpos en los que lo hacemos y formamos parte de una especie de coalición que en principio debería haber permitido el libre albedrío en el ser humano, algo que se consiguió durante un tiempo. Sin embargo otras razas que se alimentan de energía negativa decidieron tomar la Tierra como un campo de esclavos ganadero, cuando ellos cambiaron las reglas nosotros hicimos lo mismo.

Azazel otorgó a los humanos sabidurías impropias de su evolución y vibración afectando al libre albedrío. Lo hizo para intentar ofrecerles un arma con la que defenderse y que pudieran despertar a su propia consciencia. Pero eso no gustó a los líderes de los Vigilantes que lo repudiaron al interior de Kumara dónde se encuentra lo que llamáis el Segundo Cielo.

—¿Sólo infringió las reglas Azazel?

—Yo también lo he hecho. La diferencia es que las maneras de Azazel lo convirtieron en una persona non grata entre los Vigilantes, su determinación y su capacidad de liderazgo no ayudaron cuando decidió apoyar a su manera a los Humanos sin pedir permiso al Consejo Superior.

Yo no tenía tantos detractores, al fin y al cabo poseo unos conocimientos vedados para cualquier raza, Dios sólo me los ha entregado a mí. Quizá me temen, por eso cuando envié mi libro a los Humanos y los Vigilantes se me echaron encima, Dios actuó por primera vez y me exoneró de culpas permitiendo que devolviera mi libro a los Humanos.

—Llegados a este punto creo que necesito saber cuál es tu nombre.

—Me llaman Raziel, Constanza. Y me he otorgado la licencia de hacer despertar la consciencia humana.

—Y tienes conocimientos que nadie más que Dios tiene.

—No continúes por ese derrotero. Hay secretos que deben continuar siendo secretos.

—Entonces no deberías jactarte tanto de tenerlos no vayan a arrancarte las alas para descubrirlos.

En este punto se me queda mirando con una expresión dolida. No entiendo qué he dicho que tanto le pudo haber lastimado pero noto que eso exactamente hice.

—Ni siquiera creo que las tengas, tranquilo.

—Sí las tengo pero sólo son visibles cuando lo deseo. Y es cierto que podrían torturarme, también lo es que a muchos de mis compañeros se las han cortado.

Un estruendo me hizo voltear la cabeza en dirección a la ciudad que se extendía por una llanura cruzada de ríos.

Contemplo anonadada el pico inmenso de una catedral desplomarse sobre sus propios cimientos. Los jardines que la rodean se cubren por la inmensa nube de polvo de la destrucción que va alcanzando poco a poco la ciudad incendiada.

Me estremezco por una sensación de repulsión hacia ese acto salvaje y gratuito. Aunque de inmediato pienso que peor es lo que están sufriendo los pobres mortales, y despierto de ese sentimiento de pena levantando mi barrera contra el sufrimiento ajeno.

Todos tenemos lo que buscamos. Ni más ni menos.

Lo que no concibo es que yo haya pedido esto. Entonces recuerdo que mi libre albedrío se ha ido por el váter con la aparición de Raziel en mi plácida y feliz existencia.

Tantos años para conseguir la felicidad y ahora que lo logro viene un ángel rebelde y me fastidia la fiesta.

Me pregunto si le habré hecho algo a Dios en otras vidas. Debería hacerme una sanación inmediata de ese bloqueo. Seguro que está por ahí.

No recuerdo haberme apartado del matorral y tampoco caminar hacia la ciudad siguiendo los pasos de mi secuestrador. Pero ahora que me doy cuenta me detengo asustada de mi insensatez.

—¿A dónde vas?

—Vamos a la catedral.—Dejo pasar por alto el uso del plural porque no puedo creer que se refiera a esa catedral que acabo de ver desaparecer delante de mis ojos.—A esa.

—¿Lees la mente?

—Sólo si me lo permiten. A ti no necesito leértela, veo en tus ojos la pregunta.

—Como no llevas muy bien lo de las reglas, ni la voluntad ajena, eso no sirve para tranquilizarme. De todos modos no te doy permiso. Ya te tomas demasiadas libertades conmigo.

—Lo suponía.—Su tono de lamento no hace mella en mí. Como tampoco hace mella en él mi reticencia a continuar. Raziel camina de nuevo a paso apurado hacia las afueras de la ciudad dónde se elevan las ruinas de la catedral. Yo no pienso dar un paso más.

De pronto se vuelve hacia mí y me indica con un gesto que lo siga. Yo meneo la cabeza negando.

—Puedes elegir quedarte, pero me perderás y si lo haces no podrás regresar a tu línea temporal.

La palabra regresar me hizo trotar hacia él con la esperanza en la sonrisa que salió de mis labios.

—¿Cuándo regresaré?

—En cuanto cumplas con tu cometido.

—Eres extremadamente irritante, y te lo digo con todo el respeto que se merece tu alta vibración. Raziel estoy segura de que en mi línea temporal hay un montón de etéricos dispuestos a salvar este futuro que tiene una pinta de estar a un tris de acabar que apesta.

Seguro que si deseas cumplir con tu misión todo saldrá mejor que si te obligan a hacerlo con la amenaza que acabas de proferir contra mí.

—Constanza debes entender que hemos recogido a todos los que tú llamas etéricos de tu línea temporal y de otras muchas más. Los necesitamos a todos. Y tú precisamente eres una de las mejores. ¿Acaso no comprendes que toda esta energía negativa de miedo y dolor tiene que ser contrarrestada para que podamos luchar en igualdad de condiciones?

—Esto no me convence, nada me puede convencer en medio de bombas y rayos. Qué pasará si perdéis, qué pasará con nosotros los de la misión.

—Siempre nos quedará la Eternidad, ella equilibra las posiciones con el paso del tiempo.

—Pero yo quiero vivir mi vida ahora, cosechando mis frutos, disfrutándolos. ¿Tan difícil es de entender?. No sé por cuantas vidas he tenido que pasar para llegar hasta aquí, pero sé que he llegado y que quiero disfrutarlo. Luego descansaré de todas estas pamplinas de aprendizajes, me tomaré una Eternidad de vacaciones y me lo pensaré antes de encarnarme de nuevo. Esos son mis planes. Pero si me obligas a quedarme y me matan no podré hacer nada de lo que planeo. Por favor Raziel, sólo soy una. Haz la vista gorda y olvídate de mí.

—Dios no te olvida, te bendice cada día, tú le pides su bendición y te la da. Todos los días, desde que naciste en la Tierra, mamaste de Kumara y del Universo toda la energía que reclamaste para ti. ¿Vas a olvidarte tú de Dios?

—Dios no me ha pedido nada, lo sabes muy bien. Sois los Vigilantes, no asumas el rol de Dios.

—Eres dura de pelar y en verdad comprendo por lo que estás pasando, tener un dulce en la mano a punto de morderlo y que te lo arrebaten ya nos ha pasado a todos.

—¡Esto no es un dulce, es una ciudad de chocolate entera, del tamaño de México!

—En dos horas tenemos que llegar a los pasos subterráneos de la catedral, debemos marcharnos. Si tuvieras otra opción lo sabrías. Pero no la tienes Constanza.

—Tú presencia en mi vida va a traerme muchos bloqueos, y quizá no te sirva de mucho si comienzo a sentir rencor hacia ti.

—Sabes que esos sentimientos son inútiles y tú no pareces ser propensa a lo inútil.

Me callo sorprendida, este ángel del demonio me está toreando concienzudamente. Pero tiene razón. Me voy a ver obligada a hacer su santa voluntad durante un tiempo.

Le pido a Dios que me ayude como siempre ha hecho y reparta bendiciones a diestro y siniestro en aquel lugar porque las vamos a necesitar.

Raziel no se molestó en mirarme cuando continuó su camino hacia la ciudad destruida.

Lo sigo con el convencimiento de un destino fatal, por mucho optimismo que quiera echarle al asunto me veo incapaz de levantar mi pesadumbre. Supongo que no tengo nada que ver con aquellos cristianos que cantaban mientras se los comían los leones.

Yo no he venido a este mundo a sufrir. Y hasta el momento Dios ha sido benevolente y me ha concedido esa gracia.

Raziel no se resguarda, avanza confiado apartándose del camino de las personas aterrorizadas que huyen corriendo de la ciudad acribillada por rayos.

Yo le sigo evitando mirar a los ojos a aquellos que se nos cruzan, sus rostros reflejan tal sentimiento de pánico y desesperación que me parece haber caído en el infierno del que hablan los cristianos.

Sólo falta el fuego.

Las volutas de humo ciegan el sol de la tarde y lo convierten en una bola roja que me observa omnipotente, advirtiéndome de que no tengo escapatoria. La catedral derrumbada mantiene alguna de sus arcadas en pie, como si esa rebeldía a desaparecer fuera a suponer alguna diferencia en su destino final.

Los chillidos y los gritos buscando entre los escombros a los desaparecidos se acrecientan conforme entramos en el perímetro de los jardines de la catedral. Aún en su arruinado aspecto se distingue un coraje y una fortaleza que ha sido imprimida por sus constructores.

Me pregunto dónde estaremos.

Los chillidos no me dicen nada del idioma pero me da la impresión de haber escuchado alguna palabra suelta inglesa.

En medio de todo el caos comienzo a divagar sobre el lugar al que me ha traído a la fuerza Raziel.

Parece alguno de esos condados idílicos que salen en las películas de los ingleses.

Y dentro de mí aparece la plegaria de que Galicia esté a salvo de todo aquel terror.

Pero dudo mucho de que sea así.

Y no pienso preguntárselo a Raziel.

Un grupo de personas surge a nuestra izquierda en dirección a la catedral, corren como almas que lleva el diablo, desgañitándose a gritar. Raziel me empuja contra un seto y me esconde allí junto a él.

Detrás del grupo aparecen unos bichos horribles, ¿reptilianos?, juro que son igualitos a los monstruos de Alien, con unas cabezas deformes y unos ojos espantosamente negros y dientes pequeños aserrados.

Lanzan rayos a los humanos y los cuerpos de los pobres desgraciados con los que impactan estallan en un amasijo de sangre y carne.

No siento nada. Ni náuseas. Ni ganas de vomitar. Ni dolor.

Nada.

Por qué no siento nada.

Sólo siento alivio porque no soy yo.

El grupo de cinco alien se ve sorprendido por un contrincante que descarga la munición de una ametralladora sobre ellos.

Dos se convulsionan por los impactos, los otros tres abandonan sus presas para defenderse del ataque.

—¡No puedo creerlo, Asael!—Percibo tantas emociones en Raziel que no sé si son buenas o malas. No sé si ese tal Asael es amigo o enemigo. Sólo sé que mi secuestrador va a dejarme sola porque se está levantando.

—¡No me dejes aquí!—Mi grito parece despertarlo de alguna antigua pesadilla.

—Voy a ayudarlo.—Y sin más salió del mísero escondite y corrió hacia dónde se producía la pelea.

Confusa me quedo contemplando la escena que se desarrolla a unos veinte metros de mí.

El tal Asael mantiene un escudo levantado con el brazo izquierdo mientras que con el derecho lanza otra tanda de munición con tanta puntería que taladra el cuerpo aberrante de uno de los reptiloides.

Tan pronto Raziel entra en escena se percibe un temor in crescendo por parte de los alien. Los dos que permanecen en pie retroceden hacia el norte mientras que Raziel y Asael mantienen el paso desde el este y oeste.

De pronto me doy cuenta de que Raziel no lleva armas, está tonto.

Y porqué no le disparan los reptiles. Es un blanco fácil, a poco que se les acerque más le olerán el sobaco.

Me ha tocado el ángel loco. Estoy acabada.

Para mi asombro los reptiles comienzan a correr colina abajo ante la mirada serena de sus dos contrincantes.

Me levanto sorprendida y aliviada, porque no. Y con ganas de lanzarle unas cuantas piedras a la cabezota de Raziel por chiflado.

Me acerco a los dos que comienzan a hablar no tan serenos en esta ocasión. Yo diría que están gritando pero con tantos gritos alrededor es difícil de saber.

—Esto no te incumbe.—Fueron las primeras palabras que escucho y las gritaba Raziel.

—Ellos me incumben. Y déjalo ya Raz. No voy a esconderme y no me subestimes. Tampoco necesito tu lástima. Esa menos que nada. Y procura no meterte en mis asuntos.

—Si consigues que lo haga dime el secreto.—El sarcasmo me sale sin querer. Los ojos negros de Asael se fijan en mí unos minutos eternos, luego vuelve la vista hacia Raziel que mantiene el ceño severamente fruncido. Me sorprende que pueda fruncir el ceño. Desde luego esos dos se las traen.

—¿Más creyentes o es otra cosa?

—No soy como tú.

—¡Perdóneme su divinidad!

—¡Vaya por Dios Raz, otro sarcástico!—Como hablan de mí sin tenerme en cuenta decido intervenir para hacerles saber que no me importa ser un incordio. A la postre ellos también son un puñetero incordio para mí.

—Sin duda creyente. Ésta no puede gustarte ni de lejos cubierta de oro.

—¡Ah, que curioso, no sabía que los ángeles confraternizaban con unos seres tan inferiores como los humanos! ¡Uy que olvidadiza, sí que lo hacen! ¿Nefilim no?—Saco una sonrisa cínica de mis labios.

—¡Quieto!—Asael se detiene ante la advertencia de Raziel. Sus ojos destilan odio y me pregunto si es posible que aquel fuera también un ángel, o peor un nefilim, tengo que tener cuidado con mis sarcasmos.—Debo llevarla al subterráneo de la catedral.

—Pues suerte con eso.—Me siento aliviada al ver cómo ese sujeto violento comienza a caminar ladera abajo.

—¿Qué es lo que sabes? ¡Asael!—El otro se volvió con una sonrisa desagradable en sus hermosos labios. Porque a todo esto es guapo a rabiar.

—Os han descubierto. Ha habido bajas.—Raziel me mira preocupado, yo lo entiendo perfectamente, habían matado a creyentes. Habían descubierto el plan de los Vigilantes.

Un temblor horroroso me tambalea de un lado a otro. Nunca he sufrido un terremoto y en serio he de decir que es algo espeluznante. Kumara tiembla en mis pies y yo me siento una mota de polvo zarandeada por ella.

—Vienen hacia aquí.—Con esa afirmación terrible Asael regresa a su ruta que lo lleva a la ciudad. Las personas que se desperdigaron por los jardines de la catedral corren ahora hacia los bosques alejados de la urbe.

Raziel agarra mi mano y toma el camino que sigue Asael. Yo pienso que nada más puede ir mal. Pero me equivoco de lado a lado.

La ciudad está vacía, los escombros de la destrucción nos obligan a sortearlos saltando en ocasiones sobre ellos. Ninguno habla, nos mantenemos alerta y no puedo comprender qué hacemos aquí, en pleno centro del cataclismo.

De pronto Raziel se detiene, mi mano se aprieta a la suya cuando descubro una nave inmensa recorrer el espacio hacia nuestra posición. Asael es el primero en reaccionar, arranca de un tirón una tapa metálica del suelo y se mete por el agujero del alcantarillado, Raziel tira de mí y me echa dentro, estoy cayendo y no sé a dónde.

Antes de sentir el golpe fatal unos brazos detienen mi caída y me lanzan a un lado. Mis pies se llenan de agua y mis piernas se ven cubiertas hasta las rodillas.

Asael se apresura por los túneles de desagüe y yo no necesito que nadie me ordene seguirlo. De todos pienso que es el que más probabilidades tiene de sobrevivir. Yo me encuentro, definitivamente en el último lugar del escalafón.

Un temblor me hace chocar contra la pared de ladrillos, me repongo al momento y continuo entre los movimientos de tierra que provocan las bombas que están lanzando las naves reptiloides sobre la ciudad. Su propósito claro es desmenuzarla. Supongo que al descubrir el lugar desde dónde supuestamente los creyentes procederían a cumplir su misión, determinaron destruirla junto con nosotros.

Y dudo que yo consiga escaparme, seré otra baja más para la boca de algún majadero del tipo de Asael.

Corro lo que dan de sí mis piernas metidas en el agua insalubre mezclada con la de alguno de los ríos que cruzan esa ciudad y tropiezo continuamente contra las paredes por los movimientos que provocan los alien en la superficie.

Escucho un ruido atronador a mis espaldas, no voy a volverme, Raziel está cerca y el sonido sonó alejado pero de pronto el ruido se convierte en un rugido que crece.

—¡Se ha roto el colector, el río está entrando en los túneles! ¡Hay que salir de aquí!

Los gritos de Asael se dispersan en el jaleo del agua entrando a borbotones por los colectores de desagüe.

La espalda del hombre se pierde en un recodo, yo lo persigo porque la vida me va en ello.

Me doy contra unas escaleras de metal que ascienden a la superficie, comienzo a subir atropelladamente, mis manos resbalan pero no permito que dejen de asir el metal resbaladizo por la humedad. A veces mis pies quedan colgando, en seguida recupero la posición y cuando estoy a pocos centímetros de mi objetivo me levantan en vilo y me tiran sobre el empedrado del suelo con tanta fuerza que temo haberme roto algún hueso.

Asael es un bestia pero lo perdono, sé que no es el momento de exquisiteces en el trato. De hecho nunca he procurado ninguna por ser mujer.

Me pongo en pie y corro detrás de Asael, sorteamos coches, pedruscos, vigas, cuerpos, entre el humo y el ruido espantoso de las explosiones.

Las alcantarillas lanzan al aire sus tapas de metal con la fuerza del agua y comienzo a ser regada con una cascada que me aplasta encorvando mi espalda.

Apenas puedo seguirle el rastro a Asael, de hecho se lo he perdido. Escucho unos gritos delante mía y me escondo tras un coche. Retrocedo despacio tratando de encontrar a alguno de los que venían conmigo.

La desesperación casi hace presa en mí. Hay una montaña de escombros que hacía un día debía de ser una casa. Ni corta ni perezosa me voy introduciendo en medio, cubro con piedras y ladrillos mi cuerpo y dejo de respirar.

Estoy perdida. Lo sé.

Pero no estoy muerta.

Entre el humo distingo la aparición de reptiloides, mantienen prisionero a Asael que por lo que puedo observar está medio inconsciente, otro grupo les sale al paso y tira al suelo el cuerpo inerte de Raziel.

Estoy muerta.

Y soy incapaz de dejar de mirar.

Los alien empujan a Asael que cae cerca de su compañero de rodillas. El hombre no levanta la cabeza, se tambalea ligeramente a la izquierda y su sangre gotea por su frente hacia el suelo.

—Tu compañero todavía tiene alas.—Esa voz ronca salió de uno de los alien y se refería a Raziel, en ese momento sí le pude ver las alas, de un color marrón claro. Eran enormes y cubrían su cuerpo.

—Sus alas no me importan. Ahora tampoco importan las mías porque ya no las tengo.

—Has perdido mucho más que alas Asael. La perdiste a ella, después de lo que te costó conseguirla. Pero podrías tener a otras mejores, sólo con decirnos dónde están el resto de los creyentes.

—Los creyentes no son mi problema, son el de él. —Señaló a Raziel. Yo no acabo de salir de mi confusión. Estoy sola, en medio de seres hostiles que no van a dar un duro por mi existencia. Salvo acabar con ella.

—¡Traed de una vez al vampiro, si despierta el ángel no podremos dominarlo!

En ese momento Asael levantó la cabeza y miró al alien que había ordenado traer un vampiro. ¿Será un vampiro de verdad?. Y que tipo de sangre tiene Raziel que pueda asustar así a los alien. Asael deja caer la suya sobre su pecho sin temor.

No entiendo nada.

Sólo entiendo que ellos eran mi pasaje de vuelta a mi línea de tiempo.

Y por Dios bendito, todavía lo son.

Si dejo que se mueran delante de mis narices será como si dejara que me mataran a mí sin hacer nada.

Los alien han relajado las posiciones de vigilancia a la espera del vampiro, seis rodean a los caídos y el resto se ha ido a inspeccionar la zona. Por suerte ninguno se ha acercado al lugar dónde yo estoy.

El agua continúa fluyendo ya con menos fuerza de las alcantarillas y anega la pequeña plaza donde nos encontramos, el humo va y viene en volutas densas.

Salgo con lentitud de mi escondite aunque no me preocupo por el ruido que pueda hacer porque el escándalo de los reptiles es suficiente para cubrirme, eso y los estallidos de sus bombas.

Recorro con la vista mi alrededor a ver si encuentro algo punzante que me sirva de arma. Hay muchos cristales pero no quiero cortarme al empuñar un trozo. Prefiero un objeto de metal a ser posible.

Recojo el trozo de lo que podría ser el palo de una escoba o fregona de metal, por la parte rota los bordes son cortantes, con la fuerza suficiente podría servirme en caso de urgencia.

Me arrastro sin un plan preconcebido, en realidad voy en plan buitre, a ver lo que encuentro que me pueda servir. Lo mismo que acabo de hacer con este trozo de palo metálico.

Sí, tengo miedo. Hoy me permito concederle un poco de existencia.

Pero también tengo determinación. Si voy a morir será ya, no pienso andar por ahí escondiéndome en semejante mundo degradado. Ni por todo el oro del mundo lo voy a hacer.

Por tanto voy en plan suicida.

Agachada, bordeo la manzana derruida y voy acercándome al grupo que permanece atento a los dos caídos.

Mi corazón comienza a bombear enloquecido, por fin parece que reacciono a algo. Aparto el pensamiento de que estoy reaccionando a mi inminente muerte.

Veo a tres metros el escudo de Asael, marrón oscuro, perdido en el agua que apenas permite que sobresalga unos dos centímetros. Gracias a Dios han sido suficientes para que yo lo descubra.

El problema es que está a un metro del alien.¿Tienen los reptiles visión lateral?. Creo que sí.

Pero aquel habla con otro en un batiburrillo de sonidos incongruentes que decido que me importan un pito. Está bien que se entretenga.

Mi corazón bombea con tanta energía que lo noto en las paredes de la tráquea.

Si he de morir que sea ahora.

Me lanzo sobre el escudo, lo levanto desde el suelo mientras golpeo con todas mis fuerzas las piernas del alien con él, que cae redondo al desestabilizarse sobre su compañero que reacciona levantando el arma para arremeter contra mí.

El escudo soporta el rayo con gran soltura. Tanta que soy capaz de levantarlo con el brazo izquierdo, reincorporarme de un salto y echarme encima de los dos alien empujándolos al suelo.

Sé que lo consigo porque les he hecho perder el equilibrio y no pienso nada más ocupada en clavar el palo con todas mis fuerzas y sentir que se hunde en la carne, lo saco y vuelvo a clavarlo.

Estoy encima del que tiré sobre su compañero que con el peso de éste no es capaz de sacarnos de encima a los dos.

Como una Furia clavo una y otra vez en la carne.

No entiendo porque nadie me lanza un rayo en mi espalda desprotegida y tampoco entiendo porque no siento nada matando a esa cosa. O hiriéndola.

Los rayos comienzan a surgir, los distingo por el rabillo del ojo a mi derecha. Me levanto y cubro mi cuerpo con el escudo mientras veo a Asael sujetando el brazo armado de uno de los alien que dispara sin poder evitarlo a sus compañeros intentando recuperar el control de su extremidad. Pero Asael le propina unos codazos tremendos en el estómago y en la cabeza sin permitir que el arma deje de disparar.

El alien que había quedado debajo de su compañero herido por mí está apartándolo y levanta la mano para acabar con Asael. Gritando una maldición me tiro encima con el escudo por delante, el arma sale despedida de sus manos. Y con la fuerza de un gorila me agarra por la cintura y me expulsa lanzándome por los aires.

Caigo sobre el agua y los escombros pero me recupero al instante cubriendo mi cuerpo con el escudo.

Asael se está haciendo cargo de la situación perfectamente. Sólo queda en pie el que me ha hecho volar y probar de nuevo el suelo en ese día.

No tarda un segundo en meterle un rayo entre los dientes.

—Levanta no son tiempos de descansar.—El muy idiota me agarra de la mano y me da un tirón que me pone en pie de un brinco. Sin soltarme la mano corre hacia los escombros dónde yo me había escondido y continua corriendo conmigo de la mano todo lo que dan de sí sus piernas. Las mías no se quedan atrás.

Sólo se queda Raziel y sus alas.

No sé cuanto tiempo llevo corriendo entre casas machacadas, callejas deformes o agachándome para ocultarnos de los reptiles. Sólo sé que estoy derrengada y que Asael es incombustible.

Pero no voy a decir la frase de no puedo más. Eso es lo que está esperando, pero no lo haré. Porque sé que voy a poder hasta morir. Porque eso es lo que me espera si me detengo.

Nadie va a dar al botón de stop. ¡Porque no hay un maldito botón de stop!

Antes de darme cuenta Asael, que no me suelta la mano, salta sobre el rio.

Entonces sí me suelta y comienza a nadar hacia la orilla opuesta.

Por supuesto le sigo. Le seguiré hasta que la falta de fuerza me detenga.

Un brazo y luego el otro, las piernas se mueven por inercia, las burbujas del agua entran en mi nariz, toso y continúo. No me gusta nadar, me gusta andar.

Un brazo, otro, una pierna, otra, no meto agua en nariz. Abro la boca y tomo una bocanada de aire. Estoy llegando.

Asael se pone en pie y extiende la mano hacia mí sin mirarme, su atención se encuentra en la otra orilla.

Tira de mí y me sujeta contra su pecho jadeante. Entonces hace algo extraño, aparta mis pelos de mi cara.

—Tenemos que continuar.—En medio de aquella locura percibo su fuerza, la fuerza de un hombre. No entiendo por qué me gusta. Aunque es así.

La fuerza está bien. Ojalá yo la tuviera como él.

Asiento perturbada y de su mano camino hacia algún lugar seguro.

Dudo que exista en esta tierra, sin embargo estoy tan cansada que ya todo me da igual.

Es duro dejar atrás a la gente, no poder hacer nada por ella, aunque es más duro dejar a aquel que hubiera podido ayudarte.

Asael está bien como guerrero de apoyo, pero Raziel es el que entiende de traslados en el tiempo.

Y yo me encuentro perdida en un mundo degenerado, roto por la avaricia de las razas cósmicas y su afán de dominación, caminando con un espécimen indeterminado que auna sus esfuerzos conmigo para lograr sobrevivir. Aunque no tengo muy claro que esa sea la razón de la existencia de Asael.

Sospecho que estoy equivocándome con él.

Sin embargo mis piernas adormecidas por la fatiga no entienden de razones, me fallan de cuando en cuando y las fuerza a que me sostengan. Lo hacen de momento pero no sé por cuánto tiempo podré dominarlas.

Asael se agacha y desaparece en medio de un matorral.

—Vamos.—Escucho su voz atenuada desde dónde lo perdí de vista. Me agacho yo también y veo un agujero en el que me introduzco de rodillas. Gateo un rato manteniéndome detrás de Asael y de pronto caigo sobre él.

Había un desnivel por el que Asael rodó y yo me fui detrás.

Esta vez no me lanzó de un golpe contra las paredes de tierra, por el contrario se quedó quieto conmigo encima sujetando mi cintura.

Está tan cansado como yo. Su respiración sobrecargada eleva mi cuerpo en cada inspiración, la mía baila al mismo ritmo.

Desplomo mi cabeza sobre su cuello y me quedo ahí sin molestarme por la cercanía de un desconocido.

—¿Puedo dormir un momentito?—Lo pregunto medio dormida ya.

—Uno solo.—Noto en su garganta las ganas de reírse y no me importa. Puede morir de risa a mi costa.

—Por favor cuando despierte devuélveme a mi lugar.—Mi mente se oscurece al instante.

Capítulo 3

RAZIEL

Comprendo que debo despejar mi mente del tranquilizante sin embargo me cuesta mucho. Debí de ser para elefantes y no los culpo por la precaución.

Abro los ojos y me quedo mirando el espectáculo de cadáveres a mi alrededor.

La sangre de mi cuerpo humano infectada por el fármaco fluye por las venas a toda prisa intentando zafarse del veneno que impide los movimientos de mis músculos.

Y lo está consiguiendo a marchas forzadas.

Me reincorporo y escucho a los Rep hablar en su lenguaje gutural. Están acercándose y me temo que traerán a alguno de sus amiguitos, los chupa energía. Y eso no puedo consentirlo sobre todo porque Cons me necesita.

Detecto su presencia no muy lejos, también detecto la de Asael al lado. Demasiado cerca de ella para mi gusto.

Una sensación nueva de apremio me sorprende y azuza a mi cuerpo a responder. No voy a detenerme a considerar porque me impulsa más la cercanía de esos dos que mi precaria situación. Mucho menos el extraño sentimiento de posesión que siento hacia ella.

Los Rep aparecen por la calle principal que da a la pequeña plaza donde me abatieron. En efecto los acompaña un vampiro, no me puedo permitir esperar más.

Reuno todo el control del que soy capaz sobre mi cuerpo sin ponerme en pie para no malgastar esfuerzos y me concentro en mi protección. Noto el cosquilleo debilitado, el sudor en mi piel que rueda por ella. Necesito más concentración, no cierro los ojos los mantengo en el vampiro que ya se ha dado cuenta de lo que sucede y corre hacia mí para alimentarse.

Mi energía parpadea en mi percepción embotada, los ojos albinos del vampiro encuentran los míos. La guerra de voluntades ha comenzado, no me preocupan los Rep porque saben perfectamente que si me disparan más dardos matarán mi cuerpo humano y eso no es lo que quieren.

Desean la información que poseo y para eso debo estar consciente, seguro que esperaban que tardara más en reaccionar pero mis entrenamientos con los tranquilizantes me han aportado mucha resistencia a sus efectos.

La absorción está comenzando, el vampiro quiere arrebatarme la energía conforme vaya fluyendo de mí pero no se lo voy a permitir. Debo eliminar los restos del embotamiento. Necesito pensar en algo que me importe, que me haga sentir, que despierte la vibración de mi mónada, pero mi cuerpo humano se resiste. Porque no hay nada que me importe.

Nunca he consentido el acceso de los sentimientos en mi humanidad, algo contra lo que Azazel siempre me ha advertido. Los sentimientos son una pesada carga. Que ahora necesito porque no voy a dejar a Cons en este mundo, y menos con Asael.

La imagen de Asael y Cons unidos despierta un resquicio de algo en mí. Algo ajeno a mí que moviliza mi energía.

El vampiro se sobresalta y da un brinco hacia atrás, mi energía impregna mi figura, sale de los poros de mi piel, se alimenta de mi conexión con el cosmos a pasos agigantados. En un segundo me ha cubierto de una burbuja que impedirá cualquier acción contra mí.

El vampiro se echa a correr, los Rep me apuntan pero saben que ya no tienen nada que hacer. Van dando pasos hacia atrás mientras observan cómo me pongo en pie.

La potencia que entra en mí y me rodea protectoramente los asusta de tal modo que dan la vuelta y echan a correr moviendo sus rabos a ambos lados para darse impulso.

No suelo entretenerme en la lucha, eso lo dejo para los Vigilantes más activos, esos a los que les encanta regocijarse en los sentimientos de su cuerpo humano. Yo ya tengo bastante con lo que debo hacer.

En este momento localizar a la pareja de fugitivos.

Qué mal me ha sonado lo de pareja.

ASAEI

Llevo demasiados días sin dormir, hasta para mi gran resistencia son demasiados. Sin embargo es muy peligroso que cierre los ojos, por eso me concentro en la figura desparramada sobre mi cuerpo. No pesa nada, menos que nada.

No comprendo cómo pudo tirar a los Rep, a dos y malherir a uno. Nunca me he fiado de las apariencias y esta pequeña mujercita es en realidad una Furia. Aunque me resulta difícil localizar sentimientos negativos en ella.

Antes hubiera penetrado en su aura, paladeado su energía. Ahora no puedo como tampoco puede ella.

Ahora solo soy humano. Algo que por otra parte siempre fui. Mi raza se desintegró en mi espíritu en el mismo instante en que me encarné. Tantos sentimientos, buenos, malos, regulares. Sentimientos que me dieron la vida y me hicieron desear, disfrutar, enardecer.

Nada hay comparable a los sentimientos, aunque los únicos que siento ya sean negativos. Puede que alimente con ellos a mis enemigos pero con la cantidad que elimino cada día creo compensado el trato.

Deslizo con delicadeza la mano por la espalda de la creyente, me detengo a centímetros de su trasero. Esta mujer morena no posee los atributos de las grandes hembras humanas, esas que hacen perder el norte y el sur a los ángeles. Sus rasgos no son perfectos, tiene una pequeña protuberancia en la nariz y unos labios definitivamente carnosos. Sus ojos sin embargo no poseen pega ninguna, son grises verdosos profundos e inteligentes.

Me gustaría ver ese pelo limpio y suelto, no lo lleva muy largo, apenas le cubre los hombros. Pero sería interesante vérselo, su volumen, su movimiento y comprobar que es el adecuado para su rostro.

Su olor es una mezcla de sudor y fruta, respira encima de mi cuello con la tranquilidad de un niño sobre su madre.

Los humanos duermen demasiado y mientras lo hacen se meten en un sinfín de líos que luego arrastran cuando están despiertos sin darse cuenta siquiera de ello.

Regreso la mano a la cabeza de la creyente y acaricio el pelo sujeto a una goma. Meto un dedo entre el pelo y la goma y comienzo a tirar lentamente hacia abajo.

—Deberías haber aprovechado para dormir un rato. Ahora lo necesitas tanto como ella.— Maldito Raziel, le encanta recordarme que ya no soy uno de ellos. Acaso no se da cuenta de que me es indiferente. Los Rep se hicieron un favor mutilándome pero también me lo hicieron a mí. Aunque eso es algo que mi antiguo camarada nunca entenderá. Jamás he conocido un ser con menos sensibilidad que Raziel.

—Si no te conociera pensaría que estás celoso, o cuando menos molesto. A ella no le preocupa estar encima mía, se siente segura. Protegida. Incluso me ha pedido que la regrese a su lugar en el tiempo. Algo que probablemente te haya suplicado a ti. Pero eso de las súplicas te las pasas por el foro por hábito ¿verdad Raziel?

—Déjala en el suelo con cuidado.

—Creo que no.

—Entonces lo haré yo.

—La despertarás. Qué sentido tiene, está cómoda y descansando, ¿acaso hay algún peligro inminente para tener que despertarla?

—Te lo advierto Asael no te quiero cerca de ella. No quiero que te metas con ella.

—¿En serio te molesta tanto? —En todos los siglos desde que lo conozco nunca había visto a Raziel confuso y eso me provoca unas tremendas ganas de reír. Me contengo para no despertar a la

creyente. Necesito disfrutar de este momento, contemplar el derribo de Raziel por unos sentimientos que se le han colado por la cuarta puerta. No me lo puedo creer pero siento que no me equivoco.

Decido disfrutar un poco más. Mi mano termina de sacar la goma del pelo de la creyente que suspira de placer. Lo hago sin perder de vista los ojos de Raziel, la poca luz que entra en nuestro escondrijo se los hace brillar de rabia. Sé que él puede ver en la oscuridad, sé que puede distinguir perfectamente las partes de mi cuerpo que tocan las de ella.

—Son difíciles de controlar, ¿verdad?

—No digas sandeces y déjala en paz.

—No creo que tenga nada que reprocharme, no la he tocado más de lo que lo haría con una hermana.

—¡Ja!

—¿También sarcasmo?. Vas muy deprisa Raziel.

—Y tú me seguirás.—Ni siquiera puedo alzar un grito de negación, el maldito auna el poder de traslación y me arrastra con ellos.

LÍNEA DE TIEMPO ACTUAL

Dentro de un cuarto el día comienza a lucir entre la bruma de las montañas. Conozco este lugar, está en España, no me extraña porque la creyente habla ese idioma. Raziel se apresura a apartar el cuerpo de la mujer del mío y la deja tumbada en la pequeña cama mientras me empuja a mí que me pongo con rapidez en pie si no quiero acabar tirado en el suelo.

La fuerza de Raziel agrede mi orgullo. Es lo único que he lamentado perder.

—Si pensabas regresar a este tiempo sólo tenías que decírmelo me hubiera apartado.

—Necesitas aprender alguna que otra lección.

—Y tú me vas a enseñar.

—Nunca aprendiste obediencia.

—Debe ser un mal endémico de los ángeles, Azazel, tú, yo, y doscientos mil más.

—Entonces la aprenderemos juntos.

—¿En serio? ¿A quién debemos obediencia? ¿Azazel, los Vigilantes? ¿A quién Raziel?

¿De qué demonios me sirvió a mí obedecer?, ¡perdí a Lucía por obedecer, perdí mi estatus y perdí mis alas!. No es que no haya aprendido esa lección, es que no voy a hacer caso de esos aprendizajes. Ahora sólo obedezco a mi voluntad.

—Lucía era mi descendiente.

—Sí la prueba de que conseguiste levantar tu falo en algún momento para sabrá Dios lo que querías probarte a ti mismo.

Mi respuesta debió dar en el clavo porque Raziel me miró con culpabilidad.

—¿Fue eso? ¿Probar que podías sentir con tu cuerpo humano, lo mismo que un humano? ¿Como el resto de los Caídos?

—Necesito hablar con Azazel y conocer los nuevos planes, saber qué ha ocurrido en el Futuro y anular sus efectos.

—Ve tranquilo, yo me quedo con ella.—Mi sonrisa lobuna provocó una reacción inaudita en Raziel. Con la rapidez de un rayo agarró mi camiseta y me levantó varios palmos del suelo para hundir sus ojos verdes en mí.

—Voy a saberlo y si la seduces acabaré lo que no pudieron acabar los Rep.

Me suelta de repente y caigo a sus pies como un maldito fardo. Levanto la vista todavía con la sonrisa en los labios, sé que me matará si lo desobedezco pero me he pasado demasiado tiempo intentando que alguien lo consiga para que eso me impida hacer mi voluntad.

—Nuestra historia está incompleta Raziel, siempre supe que un día u otro nos enfrentaríamos. Puede que te sienta bien desmembrarme pero seguro que no lo harás si ella te suplica que no lo hagas, ¿y sabes porqué?. Porque pronto no podrás negarle nada. Vas a estar a su disposición te lo puedo asegurar. Ya ha comenzado la cuenta atrás en la que terminarás aceptando los sentimientos y cuando les des paso, no sabes en lo que se va a convertir tu vida.

—Habla por ti. Ahora mismo ella es un instrumento y nunca será otra cosa.

—Sí Raziel. Ahora mismo. Pero el tiempo es inexorable y ya te preocupa su bienestar. Y por eso si se enamora de mí no podrás hacerme daño. El tiempo acabará con tu oposición Raziel, ya lo verás.

—Recuérdalo Asael. Si la seduces, mueres.

Lo observo salir por la puerta del cuarto de lo que seguro será un hostel de mala muerte y tomo aire dejando que la adrenalina de la confrontación se extinga en mis venas.

Si me las tengo que ver con un ángel no sobreviviré al primer asalto, de todos modos estoy viviendo al borde del abismo por tanto no encuentro ninguna diferencia de ser muerto por Rep o por ángeles.

Me acomodo en una esquina de la cama gemela y observo el plácido rostro de la mujer creyente.

Es atractiva. Descubrir ese hecho me desconcierta. Quizá sentir que su espíritu guerrero puede equipararse al mío la hace más atractiva a mis ojos.

Recordar cuando el veloz movimiento de la chica sobre el escudo me hizo girar la cabeza y contemplar como despatarraba al Rep al lanzarse al suelo tomando impulso, me hace sentir una admiración por ella como no tuve en tiempos por ningún humano.

Lucía no era así. Sí que era muy bella. Y demasiado dócil y amedrentada por mi condición de ángel, en ocasiones sentía que me adoraba como a un dios y no como a un igual.

En aquellos tiempos no esperaba más de una humana. Pero ésta que se vuelve de espaldas a mí en la tranquilidad del sueño es diferente, creo que podría ser mi igual. De hecho ya no soy ángel, soy un humano como ella. Una bonita pareja.

Me tumbo en la cama y cierro los ojos. Raziel tiene razón ahora yo también necesito dormir.

CONSTANZA

Siento todos los músculos agarrotados, he estado en una posición encogida durante demasiado tiempo, estiro las piernas y abro los ojos.

Conforme la neblina de la inconsciencia se disipa me doy cuenta de que me encuentro en mi cuarto en Mondoñedo y el suspiro de alivio que surge de mi pecho me llena de aire y de energía.

La sonrisa se extiende por mi boca sin que pueda controlarla.

Todo ha sido un sueño.

Tengo la ropa echa una mierda de sudor y suciedad.

Me quito la sudadera, la camiseta y el sujetador. He perdido la goma pero no me importa porque voy a meterme en la ducha y no saldré hasta brillar como el sol.

Estoy por levantarme para sacar los pantalones del chándal cuando descubro el bulto de la cama de al lado.

Doy un respingo que me echa sobre la pared y me quedo ahí apretada tapando mis pechos con las manos.

Es Asael.

El mundo se derrumba ante mí. Nada ha sido un sueño salvo el hecho de que no sé cómo he vuelto a mi espacio temporal. Busco con la mirada por si también está Raziel y al no encontrarlo suelto el aire retenido en mis pulmones.

Ahora que recuerdo, le pedí a Asael que me devolviera a mi lugar segundos antes de quedarme frita encima suya. Quizá al haber sido un ángel le han quedado los conocimientos de traslación en el tiempo.

Algo por lo que podría besarlo. Pero no lo haré.

Me inclino sobre la ropa que había despreciado y comienzo a vestirme de nuevo. No pienso esperar a que se despierte y me meta en un lío de ángeles- no-ángeles.

Por lo que a mí respecta es hora de huir.

Las llaves del coche me miran desde la mesilla estrecha colocada en medio de las dos camas, el piso viejo de parqué rechina con el paso de mis tenis empapados. Noto el agua burbujeando a cada pisada pero me niego a prestarles atención.

Extiendo la mano tan despacio que noto temblar todo el brazo por el esfuerzo. Meto en un puño el llavero y lo encierro con fuerza.

Sin verla venir, la mano de Asael atrapa mi puño, tira de él y me arroja sobre su cuerpo tumbado que rueda de medio lado y me coloca debajo de él.

—Hubiera preferido que continuaras con el desnudo.—Lo dijo con una seriedad que comenzó a preocuparme.

—Me voy Asael. Deja de jugar conmigo.—Sus ojos negros se detienen en mis labios. Me retuerzo intentando sacármelo de encima pero no consigo más que ser aplastada hasta perder el aire de mis pulmones.

Quizá ese no-ángel quiera matarme. Pero si es así, no entiendo porqué me regresó a mi tiempo. Supongo que es probable que prefiera no sufrir interferencias por si Raziel ha conseguido escapar de sus torturadores y viene a por él desde el mundo futuro.

No sé nada de ángeles salvo las películas de los sólidos poniéndolos a parir como monstruos que comen humanos, o los despedazan, o son simplemente coronados como demonios.

Como dijo el hombre que me abrió los ojos, las películas tienen más de verdad que los telediaros. Y observando la expresión especulativa de Asael hasta estoy por creer que en efecto los ángeles destruyen humanos.

Pues no voy a esperar para averiguarlo, tomo impulso y golpeo con mi frente la base de la nariz de Asael con todo el ímpetu que me permite mi postura boca arriba.

Éste se aleja sorprendido y yo me escurro por un lateral corriendo hacia la puerta del hostel.

Le quito el pasador y cuando la abro, una mano enorme se planta en la madera y la cierra de nuevo de un golpe seco que hace retumbar los goznes.

—De acuerdo me he pasado.—La disculpa de ese estúpido no me sirve, doy varios pasos de espaldas hasta quedar al lado de la ventana.—Creo recordar que estamos a tres pisos de altura, y abajo hay una acera la mar de dura.

—¿Para qué me has devuelto si lo que deseas es matarme?

—¿Porqué voy a querer matarte?. Sólo intentaba retenerte.

—Pensé que no estabas al servicio de los Vigilantes.

—¡Qué demonios, no lo estoy!

—¿Entonces porqué puñetas me retienes?¿Piensas violarme?¿Te dedicas a eso?¿De que coño estáis hechos los ángeles?

—Si quisiera sexo contigo lo tendría sin necesidad de forzarte. ¿Me has visto bien?

—Como si tu físico o tu carita de ángel me pudieran impresionar. Asael baja a este mundo de una vez. Podrías servirme para una paja mental, pero no aguanto seis segundos tu presencia. Creo que tengo alergia a los ángeles y derivados. Sois una verdadera panda de dictadores. Y puedes jurar a tu mónada que yo y los dictadores nos repelemos de un modo visceral.

Y ahora te pido que me dejes marchar, a fin de cuentas no trabajas para nadie, no me necesitas para el sexo y no tengo nada que pueda interesarte.

—Me agradecerás poder ducharte tranquila antes de que Raziel te saque a rastras de este tiempo para volver a llevarte al futuro.

Siento que la sangre abandona mi rostro, Asael también se da cuenta y avanza unos pasos hacia mí por si acaso me caigo redonda.

—¿Está aquí? —Susurro sin mover apenas los labios.

—Me dejó al cargo.

—¿Vas a obedecerlo?

—Por supuesto...—Su sonrisa me crispa los nervios.—...que no. —El alivio que siento me hace tomar una bocanada de aire que había estado conteniendo.

—Entonces me voy.

—Pues yo te acompaño. Imagina lo que me hará cuando llegue y no te encuentre. No. Me niego a ser desperazado por un ángel furibundo.

No había pensado en eso. Tal vez no sea mala idea llevarme a alguien que conozca los entresijos de un mundo de semidioses. O lo que quiera que se consideren los ángeles.

Me voy al armario, recojo mi bolso de viaje y paso por la puerta que Asael ha mantenido abierta mientras tomaba mis escuetas pertenencias de fin de semana.

Apresuro el paso escaleras abajo y dejo las llaves de la puerta del hostel sobre la recepción vacía a aquellas tempranas horas.

De nuevo Asael mantiene abierta la puerta y la traspaso rozando su cuerpo irreverente.

El coche alquilado de color rojo me hace sentir lo mismo que Noé al contemplar su arca.

Asael detiene mis pasos agarrando la mano que sujetan las llaves.

—Hace tiempo que no monto en uno, ¿me permites?

Dudo un segundo, pero mis ansias locas de escapar me hacen desistir. Le entrego las llaves y aguardo a que me abra la puerta por dónde me introduzco para caer sobre el duro asiento y ponerme a toda prisa el cinturón de seguridad.

Cuando me doy cuenta veo que Asael está mirándome con una sonrisa irónica en los labios.

—Muy bien adiestrada.

—No soy un animal que pueda adiestrarse. Soy precavida, todavía no te he visto conducir pero por como te defiendes y matas no me produces ninguna confianza.

—Esa lección de la confianza no la tienes aprendida.

—Lo estoy dejando para la próxima encarnación.

—Muy organizada.

—Esa sí la tengo aprendida. ¿Nos vamos?

—Sabes que te encontrará.

—Tal vez no.

—¡Qué ingenuidad!

—Haré todo lo posible. Por favor arranca.—Con un movimiento fluido salió del estacionamiento y recorrió la calle del pueblo para tomar la autovía que se dirigía a la mariña lucense.—¿Por qué tomas esta ruta?. Yo quiero ir a Vigo.

—Si Raziel no dispusiera de su atadura a ti, tendría muy fácil localizarte. ¿En serio deseas escapar de sus garras?

—¿Atadura?

—Energética.

—¡Hijo de mala madre!—Meto la mano en mi bolsillo y saco mi péndulo.—Para este trasto.

Asael sale de la comarcal y se mete en un camino de tierra lleno de maleza que provoca en nosotros unos vaivenes desagradables.

Pregunto a mi densidad superior y en efecto existe esa atadura hecha por Raziel. Ni corta ni perezosa procedo a la sanación de ese bloqueo y rompo la atadura energética. No había notado la tensión en mi cuello hasta que desapareció. Estaba en la matriz etérea, en el largo del cuello.

—Definitivamente quiero un hijo tuyo.—Le dedico una mirada de advertencia para que cese en sus sarcasmos y le señalo el volante para que regrese a la carretera.—Ahora sí que se va a cabrear. Le has quitado el caramelo de la boca y eso suele llevarlo fatal.

—¿Podrá volver a hacer otra atadura?

—Lo dudo, te la hizo cuando os llamó a todos los creyentes a su sueño y los que acudistéis fuistéis atados a él. Con que te protejas cada vez que duermas no te encontrará.

—Gracias, sabía que me serías de gran ayuda.

—Ya sabes, entonces que todo lo que encierra una ayuda encierra una contraprestación.

—Y te la estoy dando ya Asael. Te permito escapar de Raziel en mi coche.

—Qué graciosa. Pero te va a salir más caro que eso.

—Suéltalo ahora antes de continuar aumentando mi deuda contigo.

—No quiero estar en este tiempo.

—¿Porque echas en falta machacar a algún reptiliano?

—Porque este no fue un año de grandes cosechas para mí. De hecho he recogido pocas.— Hemos llegado al ramal que nos unirá a la autovía y Asael acelera poniendo el vehículo a toda velocidad.

Siento que el asiento quiere tragarme y miró a mi acompañante que disfruta como un enano dentro del cacharro que es el coche que alquilé.

A veces pienso que el gen masculino atonta a las personas, supongo que en mis encarnaciones de hombre yo también actuaba así.

—Cómo pretendes que te ayude a regresar al futuro.

—Haciendo aquí lo que ellos quieren que hagas allá.

—O sea que no puedo librarme de este tenebroso asunto, ni aquí ni allí. Y de todos modos cómo sabes tú que se puede hacer aquí cuando Raziel y sus Vigilantes no lo saben.

—Porque no solo me he dedicado a matar a los Rep, también los he torturado. No les gusta mucho que les corten trozos sin permitirles que les vuelvan a crecer.

Su rostro compuso una expresión de paciencia chasqueando la boca.

—Me he divertido un poco, al fin y al cabo ellos me arrancaron las alas y a mí no van a volver a crecerme.

De inmediato el asco que sentí por su frialdad se convirtió en un reconocimiento de justicia cósmica.

Si tiene razón, la tiene.

—Necesito que me ayudes a escapar de Raziel no que me metas en un embrollo que me pueda costar la vida. Como le dije a tu antiguo compañero llegar hasta aquí me ha costado lo mío y no voy a echarlo todo por la borda, sobre todo en un asunto que me queda inmensamente grande.

—No debes subestimar el poder de un mosquito. No pocas veces ha matado a un montón de almas.

—Si me niego, ¿me obligarás?

—¿Cuál es tu nombre?

—Constanza, mis padres fueron emigrantes en México y les pareció muy bonito para ese lugar. No me preguntes porqué.

—Constanza no voy a obligarte a nada. Eres un espíritu libre y no haría nada que pudiera machacarlo. Me gusta cómo eres. Pero Raziel se lleva por delante a cualquiera que se interponga en su camino. Te buscará en los sueños, hará de tus vidas simultaneas un suplicio para bloquear todo lo que pueda tu energía, seguro que ha localizado a varias de ellas mientras su atadura estuvo en pie. Es un estratega consumado y un aprendiz avezado de Azazel. Además si en algún momento ha tenido un atisbo de sentimientos debió de ser una especie de mueca incongruente cuando se folló a la humana que parió a su hija Lucía. Mi mujer.

—Una nefelim.

—No son más que humanos. Cuando un ángel se encarna debe bajar su vibración al nivel humano de otro modo destrozaría el cuerpo material. Y a pesar de conservar etéricamente sus alas, el resto es tan vulnerable como lo es ahora mi cuerpo y el tuyo. La diferencia es que puede controlar una energía de tan alta vibración que consigue domeñar las limitaciones de su cuerpo y traspasarlas.

No así sus descendientes que provienen de la semilla del cuerpo humano, la vibración de un ángel no se hereda, hay que ganársela, cada humano posee la parte de Dios que le corresponde, su mónada, el que desarrolle su poder depende de él y de sus aprendizajes. Azazel quería conseguir que los humanos despertaran a su poder, por eso les descubrió los misterios de lo que aquí llamáis magia que no es otra cosa que el desarrollo del poder energético de cada humano. Y eso no gustó a muchos que pretenden usaros como cobayas experimentales o simplemente como alimento. O los que van de santos hablando del dichoso libre albedrío, los Vigilantes de Raziel.

Yo no creo que el tener conocimientos cape al libre albedrío, hay muchas almas que ven cosas que se niegan a creer, y eso es libre albedrío.

—Entonces me dices que un ángel encarnado es como un Superman energético. Pero algunos son muy humanos.

—Al contrario que los humanos que cada vez que se encarnan olvidan sus recuerdos, los ángeles lo hacen con todos ellos, son la raza que son desde siempre no vienen aquí para aprender, mayormente han sido Vigilantes, Azazel se ha proclamado Protector de los Humanos, Raziel se unió a Azazel porque los Vigilantes le han tomado manía, aunque ahora todos ellos se han tenido que unir para librar la batalla contra las entidades de planos superiores que están machacando tu futuro.—Asael salió de la autovía y se incorporó a la carretera que llevaba a las Catedrales.—Muchos ángeles se sienten atraídos por los sentimientos que brotan de su cuerpo, algunos no los entienden pero se lanzan a experimentarlos. Los seres humanos tenéis una capacidad de sentir ilimitada y eso es una bendición y un motivo de envidia entre muchos seres que desean esa capacidad para subir los peldaños de su vibración más rápidamente que con sus facultades reducidas para sentir.

Pero no te hagas ilusiones, algunos de los ángeles no desean sentir, apartan ese lastre como si fuera una enfermedad infecciosa.

—Y ahí se encuentra nuestro ángel Raziel.

—Ahí se encuentra. Hará todo lo posible e imposible por hacer su voluntad. De modo que ya puedes preparar esa piedra péndulo porque vas a tener que trabajar mucho con tu Superior para detener sus ataques.—El coche frena y contemplo el aparcamiento de las Catedrales.

—¿Porqué aquí?

—El mar es una energía muy potente que limpia y borra todo. Traga la energía y la transforma. Aquí no podrás seguirnos la pista tan fácilmente. ¿Tienes dinero?

—Doscientos en efectivo.

—¿Te he convencido para que libres esta batalla mujer guerrera?

—Depende de la batalla en dónde me quieras meter no-ángel, no-humano. ¿Qué demonios eres?

—Un ser mutilado hasta el día en que me libre de esta envoltura.

—¿Recuperarás entonces tus alas?

—No he perdido mis alas. Están vivas en algún lugar, esperándome.

Caminamos descendiendo hasta la playa que estaba en bajamar.

—Explícame eso.

—Es por nuestra vibración, las alas son etéricas, no hay humanos pájaro, es la parte con más alta vibración, solo visible si así lo deseamos. Cuando nos las cortan continúan manteniendo nuestra identidad, nos pertenecen y les pertenecemos. Es como si a ti te arrebataran un trozo de alma. Mantendríais la conexión. Igual que la mantienes con tus vidas simultaneas, tus vidas pasadas, paralelas, de otras densidades,...

—Comprendo.

Bajamos las estrechas escaleras con cuidado porque se encuentran resbaladizas por la humedad. Varias personas regresan de su excursión y otras descienden con nosotros. Siento las miradas de las mujeres sobre Asael. Es un espécimen tremendamente atractivo, no me extraña que se les enciendan las pupilas recreándose en semejante bellezón.

Yo jamás me había acercado a un hombre guapo. Suelen estar muy solicitados y el esfuerzo de ganarse su atención no compensa las maldiciones que me echan el resto de las féminas por obtenerlo.

Sonrió ante eso, nunca he tenido semejante problema. De hecho no he prestado mucha atención al sexo opuesto. Al menos no hasta el momento, y parece que voy a tener que seguir esperando para encontrar a mi compañero del alma con lo que se me echa encima.

Al llegar a la arena húmeda me quito los tenis mojados y respiro de alivio, mis pies están arrugados y los calcetines para tirarlos a la basura.

Siento la maravilla de la libertad en mis extremidades y tomo aire con placer.

—El mar está subiendo, es un momento excelente para pasar desapercibidos.

Caminamos hacia los arcos naturales de piedra horadados por el mar que conforman el conjunto de las Catedrales de la mariña lucense.

Hay poca gente si la comparamos con los meses de verano pero la suficiente como para tener que apartarse de los objetivos de las cámaras de fotos y móviles a cada rato de nuestro tranquilo paseo.

Asael se sienta en una roca y me ofrece un sitio a su lado con un gesto de la mano.

—La batalla puede concluir sin bajas, sólo debemos llegar a un lugar que frecuenta mucha gente como éste y hacer allí un ritual de Fe. De tu fe.

—Y cuáles serían los peligros.

—Los Rep encarnados, son humanos, muchos de ellos sin la conciencia de lo que son pero que pueden activar los entes superiores si lo desean y entonces tendríamos un serio problema. Porque los Rep te buscan. Aunque no tienen tu descripción al igual que no tienen la de ningún creyente, bastaría que aparecieses por ese lugar que digo para que te identificaran.

—Cuál es ese lugar que dices.

—Los sótanos de la catedral de Santiago.

La mención de esa catedral dispara mi desconfianza. No puede ser coincidencia que se encuentre precisamente allí el lugar del ritual.

Mi energía recorre la base de mi cráneo y desciende un poco por mi nuca.

—Procura no usarla.—Me pongo una burbuja de protección al instante.—Chica lista. Qué sabes de la catedral.

—Mi abuelo nació en Santiago, yo viví con él siete años desde que dejé México por la muerte de mis padres y me trasladé a Galicia con la familia de mi padre.

Mi abuelo fue uno de esos que mantenían la catedral limpia y en buenas condiciones. Se empeñó en llevarme por todos los recovecos de la catedral, por sus tejados y por sus subterráneos.

A mí no me gustó nunca, la catedral expele energías que no me agradan, demasiadas almas en ella. Siempre me molestaron las aglomeraciones.

Y los subterráneos me provocaban escalofríos. Allí hay una antigua civitas y una necrópolis.

—Y el lugar del Ritual de Fe. Porque entre las ruinas de esa civitas, se encuentra la antigua croa de un castro que fue tragado por una fortaleza romana y por una necrópolis. Esa croa posee una piedra del más alto grado de vibración, mayor incluso que el litio o los diamantes de ángeles de Metatron. Y esa piedra, resguardada por sus guardianes, enterrada entre los escombros de un castro destruido tiene el poder de multiplicar la pureza de la fe de un creyente hasta el punto en el que nada más que uno es necesario.

Y por lo que dijo Raziel de ti, eres uno de los creyentes con más potencial

—¿Cómo saben esto los reptilianos y no Raziel que presume de ser conocedor de tantos secretos?

—Esto no es un secreto, no uno de Dios, es un hecho que se produjo en la antigüedad que mis compañeros los ángeles no han tenido en cuenta porque para ellos la piedra de más alta vibración es el diamante de Metatron. Y por ese motivo los rep no han intentado siquiera la búsqueda del lugar exacto dónde se encuentra la piedra, si lo hicieran podrían descubrirla a los Vigilantes.

—La catedral destruida en el futuro poseía otra piedra así.

—No. La catedral de Salisbury sólo disponía de las líneas de energía de Kumara por el cruce de los cinco ríos. Una ayuda para potenciar la energía positiva de los creyentes pero nada parecido a esto.

—¿Saben los Reptilianos que conoces este secreto?

—Los que lo saben han muerto.

—Pero si al morir se recuperan los recuerdos...

—No como yo los mato. Tardarán mucho en transicionar.

—¡Qué previsor!

—¿Te doy miedo?

—Dejemoslo en respeto.

—¿Entonces?¿has...

Asael se ha quedado lívido, me mira traspasándome con una expresión de dolor inaudita.

No se mueve, es como si se hubiera convertido en piedra.

Apenas agita los labios, tengo que acercarme hasta rozar mi oreja con su boca para poder escuchar lo que dice.

—Huye.

Esa palabra me congela a mí también unos segundos eternos.

De pronto me pongo en pie y corro hacia el final de las arcadas, donde normalmente se sitúan los de la cruz roja para que nadie se adentre por allí con la marea subiendo.

Una precaución que no voy a considerar, por el contrario me dirijo en esa dirección a toda velocidad sin que las miradas curiosas y los dedos señalándome me causen más miedo del que ya se desliza por mis venas.

No sé cuál es el peligro pero confío en Asael. Si él me dice salta, saltaré.

